

te sobre lo inválido de su voto, aparentó adoptar los sentimientos de aquellos que hacian valer este medio: arrancó la cruz de su manto y la envió á Guillermo de Auvernia, obispo de París, que se manifestaba el mas activo en detenerle (1). La Reina Blanca y todos los asistentes mostraron la alegría mas viva. Pero el Monarca revistiéndose de un aire grave y resuelto, dijo volviéndose sucesivamente á los que le rodeaban: „creed ciertamente que en este momento no tengo el espíritu enagenado; ya no estoy enfermo, y poseo toda mi razon. Ahora, pues, vuelvo á pedir la cruz, y pongo á Dios por testigo de que no entrará alimento alguno en mi cuerpo hasta que se me vuelva.” A esta palabra se mudaron en la asamblea todas las disposiciones de los ánimos: gritaron por do quiera que la voluntad de Dios no era dudosa, y nadie osó oponerse á la resolucion del Rey. No tuvo necesidad de levantar tropas, puesto que ya se habian presentado mas de las que podia desear. Consistia solo la dificultad en su sueldo y en su subsistencia en los paises asolados á donde les conducia, y á los cuales era forzoso llevar al mismo tiempo la mayor parte de las cosas indispensables á la vida. Mas conocian la sábia economía del Rey, su prohibidad rígida, su fidelidad en los menores empeños, y toda la confianza que podia tenerse en su palabra. Los arrendatarios de sus dominios, entonces ya muy considerables, le adelantaron un año de renta; y

(1) *Mat. Par. pag. 645.*

las ciudades grandes del reino hicieron donativos extraordinarios.

15. Antes de partir, hizo concluir por el cardenal Eudes de Chaterault, legado de la cruzada, un negocio principiado hacia mucho tiempo, y que creyó importante al bien de la Religion. Denunció una multitud de errores y blasfemias un sábio judío de la Rochela, convertido como unos quince años antes, contenidas en un libro que las gentes de su nacion llaman Talmud; es decir, doctrina, y que es la coleccion de sus tradiciones (1). Esta doctrina moral segun ellos fue enseñada á Moisés por el mismo Dios, de la misma manera que la ley escrita, y se ha conservado en su memoria hasta que sus sabios la recopilaron por escrito temiendo no quedara sepultada en el olvido despues de la ruina de Jerusalem y la dispersion de sus moradores. Esta coleccion, sin embargo de que á lo menos en su estension es mucho mas considerable que la de la Biblia, no puede fijar su época mas allá del principio del siglo sexto. Abunda de fragmentos palpables de ignorancia, de delirios impertinentes y de cuentos impíos. Se encuentra entre otras impiedades, la de que Dios se maldice tres veces cada noche por haber abandonado su pueblo y su templo; que ningun judío en el otro mundo padecerá mas de un año el fuego del infierno, ni otra pena alguna; y que aun los cuerpos y las almas de todos los malos serán reducidas á polvo, á escepcion de

(1) *Ech. Summ. S. Th. vind. pag. 583.*

can. La sencilla propuesta que le hicieron de hacerse cristianos, casi les costó la vida. Estaban ya condenados á muerte, y gracias á la representacion de una de las mugeres del violento tártaro, en fuerza de la cual revocó sus órdenes, por el temor que le inspiró de escitar contra él á todas las naciones cristianas; pues cuanto los tártaros desprecian á los sarracenos y á todas las naciones infieles, otro tanto temen á los adoradores de Jesucristo. Súpose despues por otros embajadores tártaros llegados á Chipre, encontrándose allí San Luis, que Boiothnoi, llamado tambien Batou, tenia musulmanes por consejeros, si puede no obstante darse crédito á estos pretendidos embajadores de Kan Ercalthai, en cuyo nombre se presentaron, y de quien no se oyó hablar en lo sucesivo.

Sin embargo, hallábase cerca de San Luis cuando recibió esta embajada, un fraile predicador llamado Andrés de Longjumeau, que conocia á su gefe, cuyo nombre era David, por haberle visto en el numeroso egército de los tártaros, donde él habia estado de parte del Papa con otros dominicos (1). Remitieron el Rey de Chipre y el conde de Joppe al Rey santo una carta del condestable de Armenia que les habia sido dirigida, y que confirmaba la noticia de la buena disposicion de los tártaros. Habia sido el mismo condestable enviado á su Gran Kan, ó Emperador, y contaba acerca de su cristianismo las particularidades mas capaces de

(1) *Duchesn. pag. 347.*

interesar la piedad. Decia que en la vasta estension de su imperio, habia grandes naciones en un todo cristianas; que en la parte de las indias, convertida por el Apóstol Santo Tomás, un Rey cristiano auxiliado de los tártaros, se habia hecho superior á todos los sarracenos sus vecinos, de quienes antes sufría mucho: que en el pais que él llama Tengath, y que parece ser el reino del Preste Juan, todos los pueblos egercian el cristianismo, de los cuales le habian recibido los tártaros (1). Añadia el armenio, que él propio habia entrado en sus iglesias, y visto en ellas pinturas de nuestros santos misterios, en particular de la adoracion de los Reyes Magos, que decia haber salido de aquel pais en busca del pesebre de Belén: que los mismos tártaros tenían iglesias y campanas para anunciar los oficios; y que cualquiera que llegase á sus Príncipes, ya fuese musulman ó cristiano, estaba obligado de grado ó por fuerza á ir al punto á la iglesia á adorar á Jesucristo. Habla de otras muchas cristiandades esparcidas en Asia, y de restos magníficos de muchas iglesias arruinadas por los mahometanos, contra los cuales el Kan de los tártaros tomaba siempre la defensa de los fieles.

Aunque afirmado Luis de todas estas particularidades por un hombre tan distinguido y testigo de vista de la mayor parte de estos hechos, para no omitir nada de todas las precauciones de la prudencia, quiso igualmente interrogar á los enviados de

(1) *Tom. 7. Spicil. pag. 217.*

aquellos que habrán usurpado los honores divinos, y para quienes únicamente el infierno será eterno. Verificaron en los libros estas acusaciones doctores tan versados en la lengua hebrea, que los mismos rabinos se vieron precisados á confesarlas sin réplica. El legado pronunció á consecuencia su sentencia; se recogieron cuantos libros de estos pudieron descubrirse en toda la Francia, y se quemaron hasta veinte carros. Escribió el Papa á los Reyes de Inglaterra, de Castilla, de Aragon, de Navarra y de Portugal para empeñarlos en hacer en sus estados iguales pesquisas.

16. San Luis fue el 12 de Junio de 1248 á San Dionisio á recibir el estandarte azul de manos del legado Endes, volvió á oír la misa á la iglesia de la Virgen, y acompañado luego de muchas procesiones hasta la abadía de San Antonio, subió á caballo en medio de las aclamaciones del pueblo (1). En su seguimiento iban la Reina Margarita su esposa, los condes de Artois y de Anjou sus hermanos, el legado y una multitud de señores y obispos. Permaneció en el reino hasta el año siguiente su tercer hermano, Alfonso conde de Poitiers, para hacer respetar la regencia de que la Reina Blanca quedaba encargada, y determinar el curso feliz de los negocios bajo esta nueva administración. Pasó el Rey por Leon donde vió aun al Papa, se confesó con él, pidió la bendición pontificia, é intercedió por última vez á favor de Federico, aunque siem-

(1) *Joinv. Chron. S. Dyon. = Tom. 2. Spicil. p. 815.* (1)

pre envano. Algunos señores le propusieron estando cerca de Aviñon sitiarse esta ciudad, á quien ellos llamaban guarida de maniqueos, acusando á estos de haber dado veneno al Rey Luis VIII, padre del Santo Rey. Él respondió que iba á vengar, no las injurias de su padre ni las suyas, sino las de Jesucristo, y continuó tranquilamente su ruta hasta Aguas-muertas, donde se embarcó el 25 del mes de Agosto. Fue feliz la navegacion, y aportó el 17 de Setiembre á la isla de Chipre. El Rey Enrique de Lusñan, á quien el Papa habia dado el reino de Jerusalem, vacante por la condenacion de Federico, tomó la cruz con casi toda la nobleza y los preladados del pais.

17. Determinaron llevar la guerra al Egipto, cuyo sultan era dueño de Palestina; mas no habiendo llegado aun los buques de municiones y muchos cuerpos de tropas, difirieron la egecucion hasta despues del invierno. Llegaron á Chipre en este intervalo embajadores tártaros, los que de parte de su Soberano, llamado Ercalthai, presentaron al santo Rey una carta escrita en lengua persiana y con caracteres árabes (1). Despues de grandes cumplimientos, llenos de todo el énfasis oriental, se leía en ella lo que sigue: „suplicamos al Todopoderoso que conceda la victoria á los Reyes de la cristiandad sobre los enemigos de la cruz; y es nuestra voluntad que todos los cristianos rogando por nosotros, disfruten de sus favores con seguridad y

(1) *Tom. 7. Spicil. pag. 223. = Duchesn. pag. 348.*

con plena libertad. Tal es el buen deseo de Kiocai, Rey de la tierra.”

Este Kiocai era Caiouc-can, nieto y sucesor del famoso Genghis-can, fundador del imperio de los tártaros mogoles, el mas poderoso que existiera nunca en el mundo. Se extendia su dominio por el norte del Asia, desde la China hasta las fronteras de la Rusia y de la Polonia; y al mediodia hasta los estados de los califas que conquistaron el año 1258 de Mostuzem, cuya ruina acarreó la estincion del califato. Luego penetraron en la Siria y en el Asia menor hasta el Bósforo de Constantinopla. En tiempo del mismo Genghis-can habian adquirido alguna tintura del cristianismo en el imperio de Trogrul-onk, Can de los tártaros keraitos, sacerdote cristiano de la secta nestoriana, y célebre en nuestras antiguas historias bajo el nombre de Preste Juan. Su envidia del poder musulman le inclinó poderosamente á favor de los cristianos sus enemigos irreconciliables.

18. Tanto por estas lisongeras esperanzas, cuanto por poner un término á las desolaciones que habian hecho ya en el norte de la Europa, les envió el Papa en el año 1245 misioneros franciscanos, con cartas dirigidas á Caiouc-can (1). Tomaron la ruta por la Rusia estos religiosos que llevaban por cabeza á Fray Juan de Plan-carpin, donde fueron bien acogidos del duque Basilico, á quien exhortaron no

(1) *Vading. ann. 1247. num. 3.* = *Vincent. Spec. Hist. lib. 31.* = *Bergier. cap. 9.*

sin fruto á reunirse á la iglesia romana. Mas la consumacion de esta buena obra, en la que quisieron proceder con madurez, no tuvo lugar hasta la vuelta de estos misioneros. Basilico con todo los hizo escoltar hasta Kiovia, metrópoli de Rusia, por temor de los lituanos tan fieros y mucho mas temibles que los tártaros. Libróronse de este peligro, y el 23 de Febrero de 1246 llegaron á la primera guardia abanzada de los mogóles. Los detuvieron y preguntaron de dónde venian, y qué asunto los llevaba al pais de los vencedores del mundo. Ellos contestaron: „nosotros somos ministros del Papa, Padre y Señor de los cristianos: él nos envia al Rey, á los Príncipes y á toda la nacion de los tártaros; pues desea que los tártaros y los cristianos sean amigos, y vivan como hermanos. Desea á mas que la ilustre nacion de los tártaros sea tan grande en el cielo y en la eternidad como lo es sobre la tierra; mas se admira que hayan hecho perecer á tantos húngaros, moravos y polacos que son cristianos, y que no les habian ofendido. Dios está muy irritado de estas violencias, y él los exhorta al arrepentimiento y á abstenerse de ellas en lo sucesivo. Les ruega además que le hagan saber lo que pretenden y lo que quieren hacer en lo venidero.”

Los guardias condujeron inmediatamente los misioneros á su gefe, que se llamaba Corenza, y guardaba el curso del Nieper del lado de la Rusia con un cuerpo de setenta mil hombres. Fueron re-

cibidos con mucha altivéz, y no se les dió audiencia sino de rodillas, en presencia de este oficial y de todos los grandes que habia reunido. No dejó de darles caballos y tres tártaros para conducirlos con presteza á Batou-can, acampado sobre el Volga, y el mas poderoso de los Príncipes tártaros despues del Emperador. Pusiéronse en camino el 26 de Febrero, y aunque anduvieron aprisa, no pudieron llegar hasta 4 de Abril, que era el miércoles de la semana santa. Es indecible lo que tuvieron que sufrir en el camino, durante una cuaresma en que no tuvieron otro alimento que escandio, ni otra bebida que nieve derretida. Fueron mas escesivas las ceremonias para la audiencia de Batou que para la de Corenza: las cartas del Papa se vertieron en tártaro, y presentadas á este segundo general, que las leyó con mucha atencion, luego hizo decir á los misioneros que habian de ir al Emperador Caiouc.

A pesar de la estenuacion á que los habian reducido los ayunos y fatigas, marcharon aceleradamente bajo la direccion de dos tártaros, mudando de caballos cuatro ó cinco veces al dia, desde la octava de Pascua 16 de Abril, hasta el 22 de Julio. En el espacio de este largo viage vieron una infinidad de ciudades y fortalezas arruinadas, inmensas campiñas sembradas de cabezas y de miembros humanos, y á cada paso crecidos montones de cadáveres, horribles reliquias de las victorias y de la barbarie de esta nacion.

Viéronse obligados á esperar un mes para tener audiencia de Caiouc-can; pues no era aun electo Emperador, aunque ya hacia un año que habia muerto su padre Octai, hijo de Genghis-can, designándole por sucesor, lo que no privó á esta nacion guerrera, que se preciaba de no reconocer á nadie mas que por el mérito, del derecho de elegirse un Soberano. Durante esta larga dilacion, precisa para fomentar la asamblea general de una nacion innumerable, Tourakina, madre de Caiouc-can, estuvo encargada de la regencia. Era bastante favorable á los cristianos, pues se creía que ella misma era cristiana é hija del Preste Juan. Caiouc envió los frailes menores á esta princesa al lugar donde se celebraba la asamblea general, y donde esperaron al tiempo de la eleccion. Por otra parte, de los dos principales atabecs ó ministros, el uno que se llamaba Cadac, era cristiano ya bautizado; y Chincai que era el otro, sin haber recibido el bautismo no le cedía en benevolencia para con los fieles: ambos se esmeraron en conciliarles la del Emperador, trataron con honor á los obispos y á los sacerdotes, y mostraron aprecio de los pueblos cristianos, particularmente de los francos.

Reconocido Caiouc por Emperador, fue señalado para su exaltacion al trono el dia de la Asuncion de la Virgen. Hizola diferir un granizo extraordinario que sobrevino; mas se efectuó en fin el dia de San Bartolomé 24 de Agosto. Compareció en público sobre el trono; todos se presenta-



ron á doblar la rodilla en su presencia, á escepcion de los misioneros, con quienes tuvieron la atencion de no obligarlos á esto por no ser súbditos suyos. Era el nuevo Emperador un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco, de mediana talla, de aspecto grave y de un aire reflexivo que justificaba la reputacion de prudencia y talento de que disfrutaba. Afir- maron los cristianos de su corte que debia abrazar el cristianismo; y tenia ya cerca de su persona eclesiásticos, los mantenía á sus espensas, y habia delante de su tienda de honor una capilla donde cantaban públicamente el oficio divino, y hacian la señal para asistir á él, y esto no lo permitian los otros gefes de los turcos. No reinó este Prín- cipe mas que tres años. Su sobrino y su sucesor Mangou-can fue aun mas favorable á los cristianos, y un número considerable de tártaros abrazaron la fe en su reinado; mas parece que solo tuvieron de cristianos el nombre y la apariéncia, y que apenas distinguieron la verdadera Religion de las falsas (1). No supieron en lo venidero perseverarse del conta- gio del mahometismo en Asia: con todo, mostra- ron por espacio de mucho tiempo un fondo de afec- to, ó mucha menor aversion al cristianismo que las demás naciones musulmanas.

En cuanto á Gaiouc-can, siguiendo la órden re- putada por divina de Genghin-can, fundador del imperio, en la asamblea misma donde habia sido entronizado, hizo la ceremonia de la bandera, que

(1) *Fleuri*, tom. 17. pag. 574.

consistia en levantar un gran estandarte hácia el oc- cidente, tremolándolo, y amenazando á estas re- giones con el fuego y el hierro, si con toda la tier- ra no se sometiesen á él: pero ya fuera manejo ó política, no quiso que los enviados del Papa to- maran conocimiento de esta ceremonia. Admitiólos en el propio dia en que fue colocado sobre el tro- no entre el pequeño número de aquellos que fue- ron introducidos ante él. Despues los detuvo aun mas de un mes; y esta distincion honrosa les hizo sufrir mucha hambre. Les daban como á los tártar- os, que se saciaban para cuatro dias, unas provi- siones que no podian guardar, dejándolos en los postreros dias sin alimento potable. Por último, el Emperador les dió su despedida, con cartas escri- tas en árabe para el Papa. Propuso tambien enviarle embajadores, lo que parece no desearon los mi- sioneros, temiendo mucho mas de lo que esperaban de semejante visita. Recelaban que instruidos los tártaros de las divisiones que reinaban en el impe- rio cristiano, viniesen á ser mas atrevidos para in- vadirle. Así es que los enviados del Papa partieron el 13 de Noviembre acompañados solo de algunos guias, y no llegaron á tierra de cristianos hasta el mes de Junio de 1247.

19. Inocencio IV por otra parte envió por el mismo tiempo frailes predicadores á los mogóles, mandados en el oriente de la Persia por Boiothnoi. Fueron mal recibidos de este bárbaro soberbio, á pesar de estar enteramente subordinado á Caiouc-  
Tom. xv.